

Mensaje cuatro

Pastoreamos a las personas al cuidarlas con ternura y nutrirlas con miras a la edificación de la iglesia

Lectura bíblica: Ef. 5:29; Ap. 1:12-13; 2 Co. 7:2-3; 1 Co. 8:1; 13:4-8, 13

Ef. 5:29 Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida con ternura, como también Cristo a la iglesia,

Ap. 1:12-13 Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.

2 Co. 7:2-3 Dadnos cabida en vuestro corazón: a nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, de nadie hemos tomado ventaja. No lo digo para condenaros; pues ya he dicho antes que estáis en nuestro corazón, para morir juntos y para vivir juntos.

1 Co. 8:1 En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento. El conocimiento envanece, pero el amor edifica.

13:4-8 El amor es sufrido. El amor es benigno; no tiene envidia. El amor no se jacta y no se hincha de orgullo; no se porta indecorosamente, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal; no se goza de la injusticia, mas se goza con la verdad. Todo lo cubre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se volverán ineficaces, y cesarán las lenguas, y el conocimiento se tornará inútil.

v. 13 Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

I. El contenido de toda la economía neotestamentaria de Dios en relación a la salvación completa que Él efectúa, es Cristo mismo que en calidad de Hijo de Hombre nos cuida tiernamente y en calidad de Hijo de Dios nos nutre—Ef. 5:29:

A. Cristo es el Hijo de Hombre y, como tal, vino a redimirnos del pecado, efectuando Su redención judicial por medio de Su muerte (1 Ti. 1:15; Ef. 1:7): así nos cuida con ternura.

B. Cristo es el Hijo de Dios y, como tal, vino a impartir abundantemente la vida divina en nuestro ser, llevando a cabo Su salvación orgánica en Su resurrección (Jn. 10:10; 1 Co. 15:45): así nos nutre.

II. En Su ministerio celestial, Cristo pastorea a las iglesias, los candeleros de oro, al cuidarlas tiernamente en Su humanidad como Hijo de Hombre y al nutrirlas en Su divinidad como Sumo Sacerdote—Ap. 1:12-13:

A. El Hijo del Hombre es tal en Su humanidad, el cinto de oro simboliza Su divinidad, la cual llega a ser Su energía, y Su pecho denota Su amor; Cristo, por causa de Su amor, es motivado y hace uso de Su energía de oro con el fin de nutrir a las iglesias.

B. Como Hijo de Hombre, Cristo, en Su humanidad, cuida tiernamente de las iglesias al cortar los pabilos quemados de los candeleros, cercenando así todo lo que no concuerda con el propósito de Dios, tal como nuestra carne, nuestro hombre natural, nuestro yo y nuestra vieja creación junto con todas nuestras acciones injustas, carencias, fracasos y defectos—v. 13; Éx. 25:38; 30:7.

C. Como Sumo Sacerdote, Cristo, en Su divinidad, que es el “cinto de energía”, nos nutre con Su propia persona —el Cristo todo-inclusivo en Su ministerio completo de tres etapas— a fin de que los santos puedan crecer y madurar en Su vida divina y, así, llegar a ser los vencedores en virtud de Su obra de séptuple intensificación—He. 8:1-2; Ap. 2:7, 17; 3:20.

III. Los miembros de los grupos vitales tienen que pastorear a las personas al cuidarlas tiernamente y nutrirlas:

A. Cuidar con ternura a la gente consiste en alegrarlos, serles gratos y hacerles sentir cómodos (Mt. 9:10; Lc. 7:34); nutrirlas consiste en alimentarlos con el Cristo

todo-inclusivo en Su ministerio completo de tres etapas: la encarnación, la inclusión y la intensificación (Mt. 24:45-47).

- B. Debemos cuidar con ternura a las personas y nutrirlos por medio de la vida divina y mística en resurrección (contando con la presencia del Señor como el factor que atrae a las personas), y no por medio de la vida natural en la vieja creación—Jn. 5:19, 30; 6:57; Gá. 2:20.

IV. Nuestro vivir debe consistir en pastorear a otros, ministrándoles a Cristo en amor para la edificación de la iglesia; ésta es una vida verdaderamente fructífera—Hch. 20:20, 31; 1 Co. 8:1; Jn. 15:5:

- A. Al cuidar de las iglesias y pastorear a los santos, lo que realmente se necesita es la preocupación íntima que es propia de una vida que ministra—2 Co. 7:2-3; Flm. 7, 12:
1. Es posible traer muerte a los santos incluso al pastorearlos; les causamos muerte, somos estériles, debido a que carecemos de una preocupación íntima por ellos—cfr. 2 Co. 3:6:
 - a. La leche de la palabra de Dios, el suministro de vida de Cristo, debe ser usada para nutrir a los nuevos creyentes en Cristo, y no para “hacerlos hervir”—Éx. 23:19b.
 - b. Si tenemos la capacidad requerida para realizar una obra pero carecemos de una preocupación íntima por las personas, nuestra obra será infructuosa; es imprescindible que nuestro corazón sea ensanchado para poder abrazar a todos los creyentes, independientemente de su condición—2 Co. 6:10-11.
 2. Cuán fructíferos somos, cuánto fruto llevamos, no depende de lo que somos capaces de hacer, sino de que tengamos una preocupación íntima por las personas.
 3. Llevar una vida que ministra a otros se caracteriza por mostrarles afecto; así pues, si hemos de ministrar vida a los santos, tenemos que manifestar una preocupación genuina por ellos, esto es, un interés emotivo, profundo y entrañable.
 4. Tenemos que pastorear a los santos como una madre que amamanta y como un padre que exhorta—1 Ts. 2:7-8, 11-12.
- B. El amor es el camino más excelente mediante el cual podemos llegar a ser algo y hacer algo para la edificación del Cuerpo de Cristo—2 Ti. 1:7; 1 Co. 8:1; 12:31b:
1. Tenemos que poseer la clase de amor requerida para ir a los miembros inactivos de la iglesia, que piensan que la iglesia los condena, y decirles que la iglesia no condena a nadie; más bien, la iglesia desea que todos ellos regresen:
 - a. Si no fuera por la misericordia del Señor, nosotros también seríamos miembros inactivos de la iglesia; por tanto, tenemos que amarlos.
 - b. Todo ello depende del amor, como dijo el rey Salomón: “El amor cubre todas las transgresiones” (Pr. 10:12b).
 2. Debido a que la iglesia es un hogar, un hospital y una escuela, tenemos que ser uno con el Señor a fin de criar a los santos, sanarlos, recobrarlos y educarlos en amor:
 - a. Tenemos que descender al nivel de los débiles a fin de ganarlos—2 Co. 11:28-29; 1 Co. 9:22; cfr. Mt. 12:20.
 - b. Tenemos que gastar lo que tenemos, nuestras posesiones, y gastarnos nosotros mismos, invirtiendo todo nuestro ser por amor a los santos—2 Co. 12:15.
 3. El amor no es celoso, no se irrita, no toma en cuenta el mal, todo lo cubre, todo lo soporta, y es la mayor de todas las virtudes—1 Co. 13:4-8, 13.